

ENTRE LA REFORMA Y LA REVOLUCIÓN: DOS EXPERIENCIAS HISTÓRICAS DE PARTICIPACIÓN POLÍTICA DE LA JUVENTUD UNIVERSITARIA EN CHINA

DOSSIER

VERONICA NOELIA FLORES - vnvflores@yahoo.com.ar

Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Instituto de Investigaciones Gino Germani - CONICET- Universidad del Salvador, Facultad de Filosofía, Letras y Estudios Orientales.

IGNACIO VILLAGRAN - villagran.ignacio@gmail.com

Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Instituto de Investigaciones Gino Germani - CONICET- Universidad Nacional de General Sarmiento, Instituto de Ciencias.

FECHA DE RECEPCIÓN: 18-06-18

FECHA DE ACEPTACIÓN: 16-07-18

Resumen

A cien años de la Reforma Universitaria en Argentina, proponemos poner en diálogo su especificidad y alcances, recuperando y trazando en perspectiva otros horizontes políticos y experiencias históricas que, más allá de Occidente, tuvieron como protagonistas y agentes del cambio social a jóvenes estudiantes universitarios, en contextos de fuerte movilización social e insurgencia política en dos períodos clave del siglo XX. Nuestro artículo revaloriza, en este sentido, el caso de la participación política de la juventud universitaria en China, considerando su intervención en momentos fundamentales de la historia socio-política de este país: el Movimiento del 4 de Mayo de 1919 y la coyuntura crítica de la Gran Revolución Cultural Proletaria en la década de 1960. La lectura en diacronía de ambas experiencias nos permitirá proyectar en el largo plazo el carácter de las interpelaciones a nivel discursivo y la implicancia social que tuvo la participación de los jóvenes universitarios chinos en movimientos reformistas o revolucionarios, así como su expresión en los debates político-intelectuales de cada período.

Palabras clave: China, juventudes universitarias, participación política, reforma, revolución.

Abstract

A century after the University Reforms in Argentina, we propose to consider the specificity and projections of the movement that brought them about by bringing them into dialogue with different historical experiences of young university students as agents of social change in a significantly different political horizon beyond the Western hemisphere, in contexts of mass mobilization and political upheaval in two key moments of the 20th century. The present article aims to revisit the case of the political participation of university students in China by considering their interventions in two fundamental moments in the sociopolitical development of that country: the May 4th Movement in 1919 and the Great

Proletarian Cultural Revolution in the 1960s. Through a diachronic reading of these experiences we propose to analyze the long-term effects of the interpellations at the discursive level and the social implications associated with the participation of young Chinese university students in the reformist and revolutionary movements of the past century, as well as their interventions in the political and intellectual debates in each period.

Keywords: China, university youth, political participation, reform, revolution.

El declive de la herencia clásica y la emergencia de la educación moderna en China

El fenómeno de la intervención activa en cuestiones de interés social y político por parte de los estudiantes universitarios en China nos remite a la emergencia histórica de la educación moderna (xiàndài jiàoyù) en este país y a la experiencia vital de los primeros jóvenes que transitaron los años difíciles que marcaron el fin del régimen imperial y los comienzos de la era republicana. Es precisamente la historia sociopolítica del período comprendido entre fines del siglo XIX y principios del XX la que nos aporta, en principio, los elementos de cambio más significativos para comprender los modos y fundamentos de la participación política de los jóvenes y la incidencia de la educación universitaria en este proceso.

Durante ese tiempo, China atravesó profundas transformaciones que afectaron dramáticamente la continuidad de su régimen político, así como las bases filosóficas y culturales sobre las cuales se asentaba. Testimonio de ello fue el avance durante el período final del Imperio de la llamada “Nueva Enseñanza”. De matriz angloamericana, su introducción se produjo inicialmente en las áreas urbanas, abiertas al comercio internacional y más proclives a incorporar influencias, hábitos, prácticas y modelos culturales extranjeros¹. No obstante, el reconocimiento de la necesidad de incorporar los conocimientos de esta nueva educación en beneficio de la ansiada modernización de China, produjo su aceptación y promoción más amplia entre los últimos gobernantes de la Dinastía Qing. En 1898 fue creada la Universidad Imperial de Pekín, pionera en el desarrollo de la educación superior en China, adoptando luego de la revolución republicana el nombre de Universidad de Pekín. En esta misma dirección, un edicto del

¹ Fue en la cosmopolita ciudad de Shanghai donde se establecieron los primeros colegios de educación moderna, con énfasis en la formación técnica occidental (ingeniería, tecnología y comercio), como el colegio Saint John, abierto por una misión episcopal norteamericana en 1879, y el colegio Nanyang, líder en estudios de ingeniería, fundado por el gobierno Qing en 1896 (Zarrow, 2012).

Emperador Guangxu de 1905 abolió el sistema de exámenes para ingresar a la administración pública, reemplazándolo por un sistema nacional de escuelas modernas². Asimismo, se alentaron los viajes y estadías de estudiantes en el extranjero, con el afán de renovar un sistema político y administrativo ya en decadencia. En este sentido, lejos de revitalizar los resortes del antiguo régimen, las reformas institucionales en favor de la educación moderna aceleraron su inminente caída, al tiempo que promovieron el avance y movilización de los nuevos sectores medios y la fragmentación en el seno de la elite aristocrática.

Así, el derrumbe del Imperio manchú en 1911 y el establecimiento de la República nacionalista al año siguiente fueron consecuencias políticas inmediatas de dos procesos históricos simultáneos que, en los años siguientes, se hicieron manifiestos en el plano de las ideas entre los jóvenes que accedieron a una formación universitaria moderna. Por un lado, el cuestionamiento de los antiguos referentes culturales del pasado, y por otro, el avance de las nuevas ideas y los aportes filosóficos occidentales.

En ese clima de cambios, un grupo de jóvenes intelectuales, hijos de la elite política tradicional, comenzó a volverse crítico del sistema de valores y de los modos de obrar de su propia clase. Entre ellos sobrevino una honda pérdida de confianza, no sólo en la validez moral de los principios e instituciones del orden social tradicional sino también en el valor pragmático de mantener viva la herencia del pasado (Chang, 1982). Sumado a ello, hubo un cambio material concreto en las condiciones de vida de estos jóvenes que afectó su propia percepción como clase privilegiada, pero también la legitimidad atribuida al antiguo régimen. Tal percepción se cristalizó de manera decisiva al sobrevenir con el colapso político de los primeros años del siglo XX, una reconfiguración de las vías de acceso a los recursos de poder y de la situación socioeconómica de las antiguas familias acomodadas. En efecto, la caída del imperio

Eliminó los símbolos políticos de la ideología confuciana que tradicionalmente habían justificado la posición dominante de la aristocracia en la sociedad china y, por lo tanto, privó a los miembros de esa clase de la red burocrática de la cual habían dependido por tanto tiempo para obtener riqueza y protección política (Meisner, 2007: 25).

² Se implementó desde entonces una organización de la enseñanza pública y oficial en tres niveles, integrando escuelas primarias, medias y de formación superior, bajo la supervisión desde 1904 de una Junta de Educación.

A partir de esta crisis, la actitud reflexiva de estos jóvenes fue dando paso a una concepción de modernidad y de progreso social que hacía explícito un imperativo que los instaba a una renovación completa de la cultura, referentes y valores del pasado (Fung, 2010). La inspiración en esa búsqueda creció en el ambiente propicio de las instituciones de educación moderna, surgiendo del estudio del modelo que proponía Occidente (xīxué dōng jiān), basado en los ideales de democracia, racionalidad científica, individualismo y libertad política. Se trataba de una tradición de pensamiento y de organización política que involucraba condiciones sociales y culturales muy diferentes a las de China, cuya población era aun mayoritariamente iletrada y rural³. En las mismas circunstancias, el régimen Meiji en Japón había adoptado con éxito desde 1868 el modelo técnico, industrial y militar europeo, fundado sobre bases educativas modernas. En una época de conflicto entre potencias imperialistas en la región, de desarraigo, humillación y desconcierto, la necesidad de equipararse a las imposiciones de ese modelo, tornaban el estudio de los aportes de Occidente en una búsqueda desesperada de redefinición. De ahí que surgiera en palabras del historiador Jacques Germet (2005), “una gran fiebre por saber y una ebullición anárquica de ideas y teorías”; de ahí que “todo lo que llegaba de Occidente, al azar de las circunstancias y en la mayor confusión, se acogiera con entusiasmo” (p.531).

206

En el ideal de poder y riqueza que se desprendía de los nuevos estudios yacía una concepción del hombre y de la sociedad completamente distinta, basada no ya en el fundamento moral y espiritual que fijaban los deberes rituales sino en un sentido individualista, racional y práctico. El historiador Chang Hao (1982) definió esta situación entre los jóvenes intelectuales chinos como una “crisis de orientación” que afectó no solamente a la cosmología mística de la institución política del imperio personificada en la figura del emperador, sino también de modo más profundo, a los simbolismos culturales que otrora habían aportado coherencia y lógica al “orden general de existencia” de las relaciones sociales (p. 6-8). A modo de una abrupta

³ A comienzos del siglo XX, la educación superior era aún minúscula para un país demográficamente tan vasto y de composición social tan heterogénea. Mientras la mayoría de los pobladores rurales permanecían en gran medida aislados de la educación y los cambios socioeconómicos dinamizados por el contacto con Occidente, la población urbana sólo constituía el 6% del total, unos 23,5 millones de habitantes de los cuales sólo entre 2 y 4 millones estaban alfabetizados. Este sector de la población, más expuesto a la lectura de libros, periódicos y revistas, creció gracias al avance de la alfabetización, la prensa y la educación moderna a 30 millones entre 1920 y 1930 (Lin y Tsai, 2014).

emancipación, “para la juventud que recién finalizaba su instrucción clásica primaria, la nueva enseñanza fue como una explosión que destruyó el entorno intelectual en el cual aquella justamente había encontrado lugar” (Fairbank, 1993:322).

Si antes la cultura clásica, basada en la observancia de los ritos y en el conocimiento de los textos confucianos, había sido el baluarte sobre el cual se había construido la identidad política de los funcionarios chinos, ahora estos mismos instrumentos del poder de clase de la elite letrada eran percibidos como un obstáculo para el desarrollo cultural y la modernización del país. Así, entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX, muchos jóvenes de la elite letrada optaron, a pesar de haber recibido una sólida educación clásica, por continuar su formación fuera del país (en Japón, Europa o Estados Unidos) o en las escuelas e instituciones de los puertos abiertos dirigidas por profesores extranjeros, en lugar como era costumbre de suceder a sus padres en los cargos públicos (Weston, 2004).

Esa actitud iconoclasta frente a las representaciones del pasado fue propia de esta primera generación de estudiantes universitarios e intelectuales chinos que vivió de cerca el cambio de gobierno, la emergencia de nuevas vías de movilidad y la aparición de alternativas asociadas a lo moderno para construir un nuevo consenso social que apuntalase a la naciente República (Zarrow, 2005). El carácter reformista de sus discursos en el terreno político aportó una justificación teórica a la difusión de un nuevo modelo cultural inspirado en Occidente. De manera ambigua, sin embargo, un intenso fervor nacionalista se extendió entre ellos en repudio a la intromisión y a los abusos de las potencias extranjeras en territorio chino, así como en rechazo del liderazgo político de la minoría étnica manchú⁴. Si bien por entonces los jóvenes intelectuales más influyentes pertenecían aún a la antigua clase letrada en vías de desaparición, a través de sus propuestas políticas y culturales pusieron por primera vez en cuestión los fundamentos del orden social y político tradicional, exponiendo abiertamente la necesidad de encontrar nuevos medios para lograr la recuperación nacional y para emprender el camino de la reforma social.

⁴ En el plano político, los fenómenos del nacionalismo y la iconoclastia se vinculan con dos objetivos inmediatos que persiguieron los líderes e intelectuales republicanos a comienzos del siglo XX: la independencia política y económica del país y la construcción de un Estado moderno, que superase los problemas que había provocado el estancamiento del régimen manchú y el conservadurismo de su clase dirigente (Hsü, 2006).

A raíz de estas primeras búsquedas y experiencias de participación durante el período de transición entre fines del Imperio y los comienzos de la República, los conceptos de evolucionismo, liberalismo, ciencia y democracia se instalaron en los debates intelectuales de esta época, a partir de las traducciones al chino de obras filosóficas y literarias en japonés y otros idiomas europeos. Uno de los primeros traductores de este período fue Yan Fu (1854-1921), rector de la Universidad de Pekín en 1912, quien introdujo en China obras de T. H. Huxley, Herbert Spencer, Adam Smith, Stuart Mill y Montesquieu. Más allá de la intención de difundir estas ideas para conocer la experiencia moderna de otros países, el interés de Yan Fu y el de sus contemporáneos por el evolucionismo darwinista y la filosofía política anglosajona tenía un claro trasfondo político. En efecto, su labor de traducción al interior de la comunidad de estudiantes, intelectuales y funcionarios con voluntad reformista aportaría una justificación teórica a la difusión de una nueva moral pública inspirada en Occidente (Gernet, 2005: 568).

Con el declive de los antiguos bastiones de la tradición confuciana en China, el imperativo de forjar “un hombre nuevo” condujo a muchos jóvenes a viajar al exterior para nutrirse en el seno de otras universidades y círculos académicos de nuevas ideas que pudieran contribuir a la recuperación del país. A través de estas vías, poco a poco fue articulándose entre los jóvenes formados en universidades y centros de educación moderna un discurso nacionalista e iconoclasta que intentaría difundir los ideales de individualismo, libertad y democracia en las costumbres y las instituciones chinas. Las transformaciones sociales, políticas y culturales de las que fueron parte los volvieron más conscientes de las posibilidades y limitaciones de sus propias formas de expresión y participación.

La organización de la protesta estudiantil emanada de las escuelas y universidades modernas se convertiría en un fenómeno más generalizado y frecuente en las décadas siguientes, al avanzar entre los jóvenes formados bajo esta nueva matriz educativa el desarrollo de fuertes lazos de solidaridad y la expresión de una nueva conciencia nacional.

La impronta reformista de la juventud en el Movimiento del 4 de Mayo de 1919

Un punto de inflexión en los acontecimientos culturales y políticos de China llegaría entre 1915 y 1919, a partir del *Movimiento por la Nueva Cultura* (xīn wénhuà yùndòng) que permitió dar una expresión política más definida a las ideas reformistas formuladas durante los años previos. En efecto, este desarrollo se dio cuando una nueva generación de jóvenes universitarios se atrevió a cuestionar la continuidad de la antigua herencia cultural china y a intentar una incorporación más profunda de las ideas políticas y culturales de Occidente.

El impulso de esta convicción hizo manifiesto a partir de estos años el compromiso político de intelectuales, escritores, artistas y estudiantes que promovieron la revisión y crítica directa de todas las instituciones, referentes y prácticas de la cultura aristocrática confuciana (McDougall y Louie: 1997). Tras el desencanto provocado por el fracaso político del proyecto revolucionario que había dado origen a la República, para muchos jóvenes intelectuales que participaron de este movimiento “la transformación cultural y moral completa era el requisito fundamental para una acción política efectiva y para una reforma social verdaderamente significativa” (Meisner, 2007: 32).

El Movimiento por la Nueva Cultura partió de la Universidad de Pekín, centro de apoyo de sus manifestaciones, sobre todo por interés que despertó en los estudiantes el fuerte imperativo de intervenir en la transformación cultural (Weston, 2004). En ello fue significativa la labor de Cai Yuanpei (1868-1940), quien dirigió la universidad desde 1917, tras regresar de estudiar en Alemania y Francia, fomentando la modernización cultural y la diversidad de pensamiento entre profesores y estudiantes, y rechazando la interferencia gubernamental en la educación. Para Cai, el enraizamiento del Estado en la sociedad a través de una educación moderna e integral era un proyecto de largo plazo, a partir del cual se harían evidentes las diferencias entre el carácter inclusivo y democrático de la nueva República y el sistema excluyente y elitista del pasado (Eastman, 1977). Consecuente con esa noción, compartida por otros reformistas de la primera generación de la *intelligentsia* moderna como Kang Youwei, Zhang Binglin, Wang Guowei y Liang Qichao, Cai persiguió incansablemente el desarrollo cultural y la

modernización de las ideas en China, promoviendo una visión integradora de las reformas en el ámbito de la educación superior.

Sin embargo, la pluralidad de las expresiones y demandas de los jóvenes que participaron del Movimiento por la Nueva Cultura, así como el accionar político directo con el que las llevaron cabo, dieron cuenta del corte generacional que los separaba de las propuestas más moderadas de aquellos primeros intelectuales formados durante el ocaso del Imperio. El impulso de esta nueva generación para transformar la cuestión política desde el campo cultural se expresó de diversas formas: en el rechazo del uso de la lengua clásica en favor de una revalorización de la lengua vernácula y en la experimentación con nuevas formas de literatura, en la aparición de numerosas publicaciones académicas, periódicos estudiantiles y revistas de discusión, así como en los intentos por generar nuevos espacios para extender la educación teórica y la instrucción práctica (Hockx, 2012).

Este tipo de iniciativas generó formas de organización entre los estudiantes, más allá de los límites institucionales impuestos, que colaboraron en la expresión directa del malestar social frente al régimen político. Precisamente, tras finalizar la Primera Guerra Mundial, se desataron en China una serie de incidentes en protesta por los resultados desfavorables del Tratado de Versalles, en virtud del cual las democracias occidentales vencedoras habían decidido otorgar a Japón como botín de guerra las concesiones imperialistas alemanas en la provincia de Shandong. El rechazo a las ambiciones y al fuerte avance imperialista japonés en la región se había puesto de manifiesto en la opinión pública china ya años antes. No obstante, el conocimiento de esa nueva decisión en detrimento de la soberanía nacional fue el punto de partida para la intensificación de las protestas sociales dirigidas contra un régimen interno débil y corrupto, y en rechazo a la flagrante intervención de los gobiernos extranjeros que por largo tiempo habían explotado y humillado al país (Bailey, 2002).

Este movimiento, impulsado inicialmente por unos tres mil estudiantes de la Universidad de Pekín, se cristalizó el 4 de mayo de 1919, cuando las protestas se manifestaron en la escena pública convocando a una manifestación masiva en la Plaza de Tian'anmen. La policía intentó reprimir el levantamiento, ante lo cual los estudiantes llamaron a una huelga estudiantil general en todo el país, distribuyendo panfletos y organizando discursos públicos. Los incidentes pronto se extendieron hacia las

principales ciudades de China donde, con el apoyo de trabajadores industriales y asociaciones de comerciantes, se desataron nuevas manifestaciones populares masivas, huelgas y boicots comerciales para perjudicar a las empresas extranjeras. El espíritu de protesta se extendió por Shanghai, Nanjing, Wuhan, Fuzhou, Guangzhou, entre otros centros urbanos.

Por su envergadura y alcance, estos sucesos resultaron un verdadero catalizador para el despertar político de una sociedad que parecía haber estado por largo tiempo inactiva (Spence, 1990). El fervor nacionalista, exacerbado por los sentimientos anti-japoneses, agitó el debate en los círculos intelectuales chinos cuyas discusiones se extendieron, no sólo en torno a los cambios en la organización del gobierno y de la sociedad, sino también sobre los principios ideológicos que les servían de base. Esta situación politizó radicalmente a un número significativo de jóvenes universitarios, que comenzó a inclinarse por el nuevo espíritu de activismo político que impregnaba el clima de las ciudades y a confiar en la posibilidad de que las masas populares pudieran ser organizadas y dirigidas para una acción efectiva e inmediata a través de partidos políticos modernos (Yue Dong y Goldstein, 2006).

Por entonces, numerosas revistas, periódicos y publicaciones de índole cultural emergieron apelando a la transformación entre los jóvenes y difundiendo ideas occidentales. Entre ellas, la revista *Nueva Juventud* (Xīn qīngnián), fundada en Shanghai en 1915 por Chen Duxiu (1879-1942), se constituyó en un importante órgano de denuncia de los actos de abuso y corrupción del régimen, así como en un canal de expresión de un sentimiento compartido de rechazo hacia la herencia tradicional china. La transformación de la literatura y la promoción del lenguaje coloquial para impulsar la educación popular fueron para algunas de las figuras más notables que contribuyeron en la revista, como Hu Shi (1891-1962) y Lu Xun (1881-1936), verdaderos vehículos para el cambio social. Entre muchos de sus lectores, jóvenes intelectuales desarraigados de la vieja clase letrada, el camino hacia una reforma política y social significativa sólo podría partir de un cambio cultural e intelectual profundo que rompiera con todas las tradiciones, costumbres y valores del pasado. Al mismo tiempo, líderes estudiantiles de la Universidad de Pekín como Fu Sinian y Luo Jialun defendieron en diversas publicaciones el valor del individualismo para la “ilustración china” y denunciaron las ataduras del sistema familiar confuciano. En efecto, la supervivencia de los “anticuados

males de la antigua China” era percibida como un obstáculo para la pretendida modernización del país, asociada a la incorporación de los valores democráticos y científicos occidentales (Chen, 1997).

Así, la Nueva Cultura que surgió con el impulso insurreccional del Movimiento del 4 de mayo de 1919 expresó el dinamismo de los nuevos sectores urbanos y en particular de los estudiantes. Asimismo, expresó el impacto que tuvieron entre los jóvenes las ideas provenientes de Occidente, como alternativas a las desacreditadas formas e instituciones de organización propias. Esta actitud de rechazo hacia la herencia del pasado entre la intelectualidad china más radicalizada estuvo acompañada por una obstinada fe en la juventud del presente y por una confianza voluntarista en el poder de las ideas para cambiar la realidad. Como verdaderos portadores de una nueva cultura, los jóvenes fueron percibidos como agentes de la regeneración moral y del surgimiento de una nueva sociedad (Meisner, 2007). Los fundadores y primeros dirigentes del movimiento comunista chino, y más tarde los dirigentes de la República Popular, surgieron precisamente de este primer grupo de jóvenes activistas revolucionarios.

Así, la *intelligentsia* emergente entre 1915 y 1919 dedicada, en el seno de la comunidad universitaria, a elaborar los fundamentos de un nuevo orden social, conformó un estrato nuevo en la sociedad china que, de forma autónoma, impidió la existencia continuada de la clase aristocrática de la cual provenía. Sin embargo, la contraparte de esta autonomía fueron su aislamiento social y su impotencia política frente a la irremediable crisis del sistema republicano. Estas circunstancias condujeron a muchos de estos jóvenes intelectuales a buscar a través del estudio del pensamiento marxista “la oportunidad de una acción política efectiva y de encontrar raíces en la nueva sociedad china” (Gernet, 2005:34).

A partir de la década de 1920, los cambios en el escenario internacional de posguerra comenzaron a reflejarse en el carácter de los nuevos proyectos políticos que empezaron a delinearse. La influencia de la revolución bolchevique se había hecho presente en las zonas urbanas a través de nuevos modos de hacer política, instalando la acción directa y la movilización de masas. El marxismo como doctrina política alcanzó en estos años una importante difusión en grupos de intelectuales y estudiantes que buscaron manifestar la disconformidad general con los resultados de la administración republicana y por ende, la desilusión con el liberalismo occidental que ésta había pretendido sin éxito encarnar.

Habiendo negado la validez de la herencia cultural clásica y rechazado los valores políticos e ideológicos tradicionales, estos jóvenes intelectuales todavía miraban hacia el extranjero en busca de guía y orientación, pero ahora comenzaban a mirar hacia las teorías anarquistas y socialistas occidentales, que eran ellas mismas críticas del Occidente (Gernet, 2005:36).

Mientras la confianza en las posibilidades de construcción de una democracia de estilo occidental en China se erosionaba, el mensaje del marxismo-leninismo ofrecía a los jóvenes más radicales no sólo una nueva plataforma intelectual, sino también un nuevo modelo de organización social y política, y un modo distinto de encontrar un lugar para la nación china en lo que se percibía, a nivel más amplio, como un proceso internacional de cambio revolucionario. Uno de los difusores iniciales del pensamiento marxista en China fue Li Dazhao (1888-1927), quien además de integrar el órgano editorial de la revista *Nueva Juventud*, era profesor de Ciencias Políticas y encargado de la Biblioteca en la Universidad de Pekín. Entre sus asistentes se hallaba el joven Mao Zedong (1893-1976), quien bajo su tutela entraría en contacto con los textos clásicos del marxismo y con las principales obras políticas y literarias occidentales.

Así, los cimientos para lo que sería el comunismo organizado en China se asentaron en la década que siguió al Movimiento del 4 de mayo de 1919, cuando un grupo de jóvenes activistas marxistas estableció, bajo diversos nombres, pequeños grupos de estudio en la mayoría de las ciudades de China. En mayo de 1921 se estableció en Shanghai la *Sociedad para el Estudio de la Teoría Marxista*, a la que siguieron otras en Beijing y en Changsha. Fue esta misma organización la que a principios de julio de ese año reunió a doce delegados de los diferentes grupos, entre los que se encontraban Chen Duxiu, Li Dazhao y Mao Zedong, para fundar el Partido Comunista Chino (PCCh).

En el transcurso de los años veinte, los activistas y estudiantes más radicalizados se verían a sí mismos desempeñando un nuevo papel, ya no de servicio al Estado como hubiera pretendido la antigua clase letrada o incluso la primera generación de intelectuales reformistas, sino de servicio a la sociedad. En la comprensión y maduración de este proceso incidirían de manera crucial la expansión del comunismo en China y el crecimiento de la movilización política de masas, ya sea por parte del Partido Nacionalista como por el PCCh. Durante los años treinta y cuarenta, el compromiso político de los jóvenes con la reforma social se volvería más directo y

profundo, sobre todo para aquellos que asumieron una afiliación política concreta, militando como cuadros para uno u otro partido. Por las condiciones limitadas y el mayor control en las universidades, muchos estudiantes y graduados más radicales migraron ya no desde los principales centros urbanos hacia el extranjero sino hacia otros sitios del interior rural de China, para participar en la movilización de masas durante el período de la guerra de resistencia nacional contra Japón (1937-1945) y en la revolución comunista en el campo.

La definitiva derrota de Japón marcaría el final de la Segunda Guerra Mundial en Asia Pacífico, a la vez que daría lugar a enfrentamientos entre grupos político-militares en disputa hegemónica en los espacios nacionales. En China, esta tensión se resolvió mediante la reedición de la guerra civil entre nacionalistas y comunistas, que duró tres años y tuvo por vencedoras a las tropas comunistas lideradas por Mao Zedong, Zhu De, Peng Dehuai y Lin Biao. No obstante, una vez obtenida la victoria militar debía comenzar la recomposición del entramado administrativo en todo el territorio.

La dirección de la economía se puso en marcha según el modelo soviético, privilegiando la organización social de la producción, especialmente a partir de la creación de las unidades de vivienda y trabajo locales (*dānwèi*) y las políticas de compra de la producción agrícola a bajo costo para sostener los niveles de consumo en los sectores urbanos. De acuerdo a los objetivos del Primer Plan Quinquenal de 1953, el sector campesino sería considerado la base cuyos excedentes productivos deberían exportarse a la URSS para compensar los préstamos y ayuda financiera para el programa de industrialización. Esta política de transferencia de recursos hacia los centros urbanos en detrimento de las masas campesinas generaría diferencias entre los principales referentes del PCCh, tornándose más severas a partir del fracaso del Gran Salto Adelante a fines de la década del cincuenta.

En cuanto a las transformaciones que afectaron las prácticas sociales y la imagen de los jóvenes durante la primera década de la RPCh, vale decir que hasta mediados de la década de 1960, el liderazgo del PCCh entendía que la juventud debía limitarse a participar de los procesos económicos para la construcción del socialismo, siempre acatando las directivas centrales. Por ello, la irrupción violenta en la escena política de una oleada de jóvenes revolucionarios en la segunda mitad de la década del sesenta representa una novedad en la vida política de China, tanto por los alcances de la

movilización popular, como por el profundo compromiso político que adoptaron y las consecuencias de sus acciones.

A fin de explorar la naturaleza de los cambios que condujeron a la juventud universitaria china a involucrarse directamente en un proceso de transformación social radical, a continuación nos enfocaremos en sus proclamas y sus modos de participación durante la Revolución Cultural, ese otro momento clave en la historia política de China que, al igual que el Movimiento del 4 de Mayo de 1919 aunque con consignas diferentes, sentó un antecedente fundamental en las experiencias de organización y movilización política de los jóvenes estudiantes chinos.

Re-significación de la juventud universitaria durante la Gran Revolución Cultural Proletaria

Considerar la Gran Revolución Cultural Proletaria (GRCP) en China y el rol de las juventudes en su desarrollo supone un desafío dadas las controversias aún irresueltas en las distintas aproximaciones historiográficas y, sobre todo, por las dramáticas secuelas y testimonios de sufrimientos individuales y colectivos que suscitó.

La GRCP puede ser interpretada como la resolución del enfrentamiento en los distintos ámbitos del gobierno y del Partido entre los sectores identificados con Liu Shaoqi y Deng Xiaoping, por un lado, y los seguidores de Mao, por el otro. Si bien para mediados de la década del sesenta el conflicto era evidente, el desenlace era incierto. Tanto al interior de la estructura partidaria central como en los niveles más elementales de organización política, ambos grupos contaban con bases de apoyo considerables. A partir de este empate táctico, Mao recurre en primer lugar al Ejército Popular de Liberación (EPL), y luego a los Guardias Rojos (hóng wèi bīng), grupos de adolescentes y jóvenes radicalizados, para llevar adelante sus directivas. Sobre este marco situacional se ha articulado una línea interpretativa de la Revolución Cultural que la subsume bajo la idea de una lucha por el poder al interior del PCCh.

No obstante, definir este período como el resultado de una lucha facciosa al interior del PCCh sería adoptar una postura simplista. Como sugiere Jonathan Spence, los clivajes cruzaban varios ejes temáticos, desde el programa económico que garantizase el abastecimiento básico y al mismo tiempo permitiese la acumulación de excedentes

agrícolas para financiar el crecimiento industrial, a los modelos dirigenciales que debía adoptar el PCCh para mantener el contacto con las masas de obreros y campesinos, pasando por el rol del EPL en la política interna, y la relación entre la producción cultural y la conformación de nuevas subjetividades socialistas (Spence, 1990: 603-604). Por lo tanto, como todo período de transformación radical en una sociedad compleja y dinámica como lo era la República Popular China en los años sesenta, el antagonismo entre estos diversos grupos políticos y sociales resultó inevitable.

Las formas que adquirió la confrontación fueron cada vez más violentas y sus alcances más difíciles de controlar. Spence indica que, por ejemplo, en su celo por acabar con los vestigios de la vieja sociedad, los Guardias Rojos se lanzaron contra figuras del Partido, profesores universitarios, docentes secundarios y cualquier figura de autoridad o asociada al viejo régimen. Incluso al interior de las familias, los jóvenes llegaban a denunciar las tendencias derechistas de sus padres o abuelos. Diversos registros fotográficos del período dan cuenta de las formas de humillación y castigo físico al que fueron sometidos muchos de estos individuos, señalados como portadores de la ideología “feudal” o “reaccionaria” (Spence, 1990: 606).

Lejos de justificar las arbitrariedades cometidas durante los años más álgidos de la Revolución Cultural, entendemos que la virulencia de estos ataques debe ser entendida en su contexto histórico y político. Por un lado, porque interpretamos que el universo de sentidos que animaba las prácticas de los jóvenes universitarios, obreros y campesinos —principalmente la idea de estar llevando adelante una misión transformadora de la sociedad china y eliminando a los elementos reaccionarios que impedían su progreso— era resultado de una contingencia histórica particular, resultante del fracaso del programa económico del Gran Salto Adelante y el consecuente apartamiento de Mao del liderazgo central del Partido. Por otro lado, porque el hacer foco en las manifestaciones violentas y los excesos de los estudiantes y jóvenes Guardias Rojos limitaría nuestro análisis del proyecto social y político que supuso la Revolución Cultural.

En este sentido, nos vemos interpelados por una serie de cuestiones que hacen a la escritura y al análisis de un episodio crucial en la historia de China contemporánea, y que a la vez tuvo resonancias significativas en otros contextos a nivel global. Nos preguntamos, entonces, ¿cómo poner en discusión proyectos de movilización popular inherentemente violentos y ajenos a la institucionalidad democrática? ¿Cuáles son los

límites éticos que debemos respetar al momento de narrar y explicar los excesos de las juventudes maoístas durante el periodo en cuestión? ¿En qué medida los liderazgos son responsables de los ataques individuales y colectivos que se llevaron a cabo contra intelectuales, docentes secundarios y universitarios, e incluso contra personalidades del Partido? La historiografía actual sobre estos temas tiende a reflejar una toma de posición ideológica, opuesta a cualquier proyecto de impronta igualitarista, o bien basada en narrativas de familiares que sufrieron ataques directos o que fueron enviados a trabajar a zonas rurales, multiplicando testimonios sobre los excesos de la Revolución Cultural. En el primer caso se enmarcan los estudios que critican la Revolución Cultural como el artificio de un líder político en decadencia, Mao Zedong, quien apoyado en un grupo de secuaces logró reposicionarse en el centro de la escena tras el descalabro del Gran Salto Adelante. Esta lectura se sustenta en documentos y materiales de propaganda de la época que dan cuenta del enorme esfuerzo puesto en hacer de Mao una figura infalible y de su pensamiento la guía para la acción revolucionaria en las condiciones de China. De esta manera, quienes habían visto en Stalin la vieja imagen del déspota oriental, arropado en el siglo XX con el manto del marxismo-leninismo, encontraban en el Mao de los años sesenta una nueva encarnación de ese poder omnímodo que caracterizaba a los líderes de los regímenes socialistas. Curiosamente, en esta ocasión, el líder requería la activa participación de los jóvenes para llevar adelante su proyecto de transformación radical.

217

La juventud, ese componente difuso y heterogéneo, tendría que constituirse en el agente más revolucionario en esta nueva etapa de desarrollo de la RPCh. Es decir, la juventud debía ser capaz de romper con todos los resabios del viejo régimen y transformar a China en un país plenamente socialista. Con este objetivo, Mao lanzó en 1964 una campaña para reformar profundamente la educación socialista, la cual, según su diagnóstico, había sufrido reveses importantes desde fines de la década del cincuenta. Mao buscaba recomponer las tradiciones de intercambio de conocimientos entre campesinos-obreros e intelectuales, retomando el modelo y el espíritu de las bases de Yan'an. Por ello, uno de los aspectos más problemáticos fue la disputa de sentidos entre la masividad y la excelencia educativas, una falsa dicotomía que se emerge cada tanto en distintas partes del planeta para reivindicar el derecho de las elites a participar de un sistema educativo que refuerza su condición de privilegio y asegurar que los obstáculos

para el ingreso a los niveles educativos superiores sean prácticamente insalvables para quienes no poseen un determinado capital cultural y social inicial.

Esta confrontación entre dos modos de entender la educación superior se hizo patente en las campañas de 1964 en adelante. Como señala John Starr (1973) en su estudio clásico sobre ideología y cultura en China comunista, quienes accedían a las instituciones de educación superior en la RPCh tras una década y media de gobierno del PCCh seguían siendo “los hijos de la burguesía o de la antigua burguesía, o hijos de los cuadros del Partido que deseaban asegurarse de que sus descendientes fuesen capaces de mantener el status que ellos habían adquirido” (p.105)⁵. Las dificultades de los hijos de obreros y campesinos para acceder a la educación superior no pasaban desapercibidas, pero fue recién durante la Revolución Cultural que los estudiantes tomaron la palabra para denunciar las limitaciones del sistema.

En junio de 1966, un grupo de estudiantes de la Escuela Secundaria Femenina de Beijing escribió una carta al Comité Central del PCCh pidiendo la abolición del sistema de exámenes de ingreso a la universidad. Resulta destacable la claridad conceptual con la que las jóvenes expresan allí la contradicción entre los mecanismos que restringían el acceso a la educación superior y la intención de ampliar las condiciones educativas para la población, especialmente para los obreros y campesinos. La carta incluía también una propuesta para la participación estudiantil en actividades productivas y en el entrenamiento junto con los soldados. A los pocos días, el Comité Central del PCCh y el Presidente Mao respondieron favorablemente a esta solicitud, decidiendo posponer por seis meses los exámenes de ingreso y la matriculación universitaria a fin de revisar los mecanismos y los criterios de evaluación empleados para la admisión en las instituciones de educación superior. Uno de los pasajes más significativos de este documento señala que

[...] el método de exámenes de admisión para los centros de enseñanza superior, aunque ha sido constantemente mejorado desde la liberación, no ha podido desprenderse, en lo fundamental, del molde del sistema burgués

⁵ Cabe mencionar una película propagandística muy difundida de 1975, dirigida por Li Wenhua, cuyo título ha sido traducido como “Rompiendo con las viejas ideas” (Jué liè) donde se ponen de manifiesto las contradicciones y posturas divergentes al interior del PCCh respecto a las instituciones de enseñanza para campesinos y obreros durante el Gran Salto Adelante. En ella se exhibían distintos estereotipos de las comunidades aldeanas del interior de China.

de exámenes; y este método perjudica el cumplimiento de la política educacional formulada por el Comité Central del partido y por el Presidente Mao, e impide que los centros de educación superior absorban un mayor número de jóvenes revolucionarios que son obreros, campesinos y soldados. Este sistema de exámenes debe ser completamente reformado (citado en Nee et al., 1971: 96).

A partir de estas experiencias, los estudiantes universitarios comenzaron a cuestionar el sesgo elitista del sistema educativo en su totalidad. El manifiesto de los estudiantes de la Universidad del Pueblo, por ejemplo, criticaba fuertemente el carácter elitista, revisionista y burgués de la educación superior, que enfatizaba el rendimiento académico, desvinculado de la participación política y ajeno a las condiciones materiales de China. De esta manera, observaban, el sistema educativo iba en camino a transformarse en un productor de cuadros tecnocráticos con escaso contacto con las condiciones de vida de las masas y con menos interés en integrar sus puntos de vista en el diseño de políticas públicas. Asimismo, proponían incorporar el pensamiento de Mao al estudio de las cuestiones técnicas, dedicar tiempo al trabajo en fábricas y aldeas, a la instrucción militar e ideológica, y crear mecanismos que facilitaran el ingreso a la educación superior para obreros, campesinos y militares desmovilizados.

Cabe señalar que, para la década del sesenta, aproximadamente el 60% de los 650 millones de habitantes de China eran menores de 25 años, lo que significaba que no habían vivido el periodo anterior a la liberación nacional. Además, a diferencia de la generación de sus padres, estos jóvenes habían recibido toda su educación formal en instituciones de la RPCh, una educación obligatoria y gratuita que llegaba desde las grandes ciudades a los rincones más profundos de China rural. Esto marcó una doble línea de corte al momento que se lanzó la Revolución Cultural, por un lado, la esperable división generacional de los estudiantes y sus profesores y maestros; y por otro, la novedosa incorporación de masas de hijos de campesinos y trabajadores manuales a las mismas instituciones educativas a las que históricamente asistían solamente los hijos de las elites forzó al cuerpo de docentes a enfrentar las contradicciones inherentes a su condición de clase.

En principio, se sospechaba que en los centros de educación superior se escondían aún numerosos elementos contrarrevolucionarios. Es por ello que los *Dieciséis Puntos*, el

documento inaugural de la GRCP publicado por el Comité Central del PCCh en julio de 1966, enfatiza la necesidad de “acabar totalmente con la dominación de los intelectuales burgueses sobre nuestros centros docentes” (citado en Nee et al., 1971: 99). La novedad fue que esta vez no serían los cuadros del Partido sino los mismos estudiantes quienes se encargarían de llevar adelante la misión de identificar, denunciar, y a veces incluso castigar a los profesores que caían dentro de esas categorías.

Además, es importante tener en cuenta que los estudiantes chinos eran incorporados a la vida política desde una edad muy temprana, ya que el Partido ofrecía la oportunidad de que los estudiantes primarios y medios participasen de las organizaciones de Pioneros, mientras que los estudiantes de los secundarios, terciarios y universitarios podían integrarse en la Asociación Juvenil Comunista. De acuerdo con estimaciones de la época, al menos dos tercios o más del total de estudiantes en cada escuela o universidad participaba de estas asociaciones (Nee et al., 1971: 105). Sin embargo, para mediados de la década del sesenta, una de las críticas más frecuentes era que las asociaciones estudiantiles del Partido habían sido cooptadas por los hijos de cuadros del Partido y de sectores privilegiados de las elites urbanas.

En una extensa diatriba publicada a comienzos de 1967, se señalaba la desviación de la política educacional del PCCh bajo la dirección de Liu Shaoqi y Deng Xiaoping, ya que, durante su mandato, estas escuelas se habían convertido en centros de educación exclusivos para hijos de los cuadros del PCCh, o como indica en tono acusatorio el autor de este artículo,

En verdad, hay ciertos cuadros que, durante largo tiempo y en circunstancias pacíficas, vivieron en situaciones políticas y económicas especiales. Relajaron su vigilancia y permitieron que la ideología burguesa y la fuerza de los hábitos sociales corrompieran sus almas en diferentes grados. No trataron a sus propios hijos y a los hijos de las vastas masas de obreros y campesinos en pie de igualdad, sino que consideraron que los suyos debían estar en mejor posición que los otros y gozar de privilegios especiales. Se niegan a permitir que sus hijos desarrollen la gloriosa tradición de los años de combate, en cuanto a tomar contacto con las masas y a luchar en medio de penurias y adoptar el camino de convertirse en uno más entre obreros y campesinos (citado en Nee et al., 1971:105).

En vistas a esta situación, uno de los principales objetivos de la Revolución Cultural fue el de evitar que los grupos dirigentes del PCCh se convirtieran en una nueva élite, sobre todo tomando en consideración los desarrollos en la URSS.

La formación de los Guardias Rojos y la desestabilización del sistema educativo

Una vez lanzada la GRCP, se decretó el cierre de escuelas y universidades, originalmente por un año. Muchos funcionarios del Ministerio de Educación y cuadros de la Oficina de Cultural del Comité Central sufrieron los primeros ataques. Esto marcó la aparición en la escena política de los jóvenes Guardias Rojos, deseosos de participar del proyecto de la transformación socialista en la nueva etapa, que surgieron inicialmente de los grupos de estudiantes que no pertenecían a la élite política y económica y que habían ingresado con gran dificultad a las universidades, percibiendo que quienes ocupaban puestos de liderazgo en las organizaciones estudiantiles los habían conseguido gracias a la influencia de sus familias. Los Guardias Rojos se sintieron avalados por la línea política propuesta por Mao, quien reivindicaba la importancia de la procedencia de clase por sobre las aptitudes demostradas en el ámbito académico.

Bajo la dirección de Mao, el PCCh fomentaba la proletarización de los intelectuales y la elevación del nivel educativo de los trabajadores. Se buscaba así “eliminar las tres grandes brechas” (xiāomiè sǎn dà chābié) que persistían en la sociedad china aún después de la Liberación: la brecha entre lo urbano y lo rural (chéng-xiāng chābié); la brecha entre lo obrero y lo campesino (gōng-nóng chābié); y la brecha entre el trabajo intelectual mental y el trabajo manual (nǎo-tǐ chābié). Hay que tener en cuenta que en la sociedad China de finales del siglo XIX y comienzos del XX, los sectores dominantes manifestaban un marcado desprecio por los campesinos, a quienes consideraban iletrados, atrasados y supersticiosos. Si bien la propuesta revolucionaria del maoísmo reivindica el rol del campesinado en la Guerra de Liberación y, más tarde, en la construcción de la Nueva China, el desdén por los campesinos seguía siendo recurrente entre los sectores acomodados, principalmente en las grandes ciudades.

En este sentido, la Revolución Cultural propuso superar la dicotomía campo-ciudad y la brecha entre lo intelectual y lo manual mediante el incremento de las matrículas de

estudiantes a nivel de distritos y aldeas. La creación de un gran número de universidades e institutos de enseñanza superior rurales en comunas y aldeas resultó fundamental para poner en marcha este proyecto. Asimismo, un número creciente de universitarios urbanos fueron enviados al interior a convivir con las masas de campesinos y obreros, compartiendo el trabajo agrícola y fabril, y vinculándose a las unidades militares del EPL, para superar sus prejuicios y transformar su modo de pensar.

El vínculo entre la juventud radicalizada y el ejército puede resultar desconcertante para los observadores de estas latitudes. Por lo tanto, cabe señalar que el EPL, bajo la dirección de Lin Biao, había sido uno de los pilares de apoyo más sólidos en el proyecto de Mao por recuperar el liderazgo de la RPCh. En 1966, Lin Biao aparecía como uno de los más cercanos colaboradores de Mao. Fue él quien promovió la edición del “pequeño libro rojo”, la compilación de citas del Presidente Mao que se volvería un símbolo de compromiso con la causa de la Revolución Cultural. Lin Biao también había dado muestras de un marcado espíritu igualitario al eliminar las distinciones de rango al interior del EPL. Es por ello que, poco después de su aparición pública, los Guardias Rojos se vincularon con el EPL, recibiendo apoyo logístico, sobre todo en lo referente a su movilización para las demostraciones en apoyo a Mao.

No obstante, el movimiento de Guardias Rojos distaba mucho de ser un todo orgánico, y respondían en principio, a líderes locales. Al no existir una estructura centralizada que coordinase sus acciones, las contiendas entre facciones no tardaron en manifestarse. Hubo numerosos enfrentamientos entre grupos de Guardias Rojos, cada uno de los cuales estaba convencido de representar la legítima fuerza de apoyo a Mao en su afán de atacar “el cuartel general de la burguesía en la estructura del PCCh”.

Por último, conviene destacar que la participación directa (voluntaria o no) de las generaciones de jóvenes urbanos en la vida y condiciones de trabajo de los sectores populares supuso una serie de inconvenientes para el movimiento de Guardias Rojos. Por un lado, porque estos jóvenes carecían de cualquier conocimiento práctico para ayudar en las tareas cotidianas en las fábricas y los campos de cultivo. Más aún, los jóvenes urbanos a menudo ostentaban una formación en aspectos de la teoría marxista-leninista y acumulaban expectativas que no se condecían con las prácticas y condiciones en el campo.

Más allá de la transformación de la educación, los Guardias Rojos fueron señalados como los encargados destruir los “Cuatro Viejos [pilares]” de la sociedad china: las costumbres antiguas, la cultura antigua, los hábitos antiguos y las ideas antiguas, que persistían aún después de la fundación de la Nueva China. En su afán por destruir “lo viejo” los Guardias Rojos y otros grupos revolucionarios iniciaron una campaña contra el budismo, el daoísmo y otros cultos locales considerados culpables del atraso cultural de la población, especialmente en áreas rurales. Asimismo, muchos también se vieron enfrentados a los problemas prácticos y teóricos de la relación entre el nacionalismo étnico de los Han y su oposición a las nacionalidades del interior. En esto los Guardias Rojos se sintieron investidos de una misión civilizadora, portando los estandartes de la modernización de China que debía dejar atrás su pasado ‘feudal’ y abrazar los presupuestos científicos del marxismo-leninismo-pensamiento de Mao Zedong, contra una serie de agentes burocráticos, religiosos y localistas que no podían pensar más allá de sus intereses o circunstancias más inmediatas.

Como corolario de este fenómeno, vale destacar ciertos problemas de definición cronológica que presenta la GRCP. Hay quienes sugieren que duró desde su lanzamiento oficial en 1966 hasta la muerte de Mao, en septiembre de 1976. Durante su curso, la figura de Mao fue el núcleo alrededor del cual se dieron las internas más feroces dentro del PCCh y en los órganos de gobierno en los distintos niveles de la administración. Asimismo, gran parte de los grupos de jóvenes revolucionarios movilizados durante este período siguieron apoyando el liderazgo de Mao contra otras facciones y actores dentro del PCCh. De cualquier forma, conviene enfatizar que, en contra de la versión corriente que sugiere una década de Revolución Cultural, la dirigencia del PCCh, con Mao a la cabeza, inició un proceso de recomposición de la autoridad y la institucionalidad intra-partidaria desde finales de 1967.

En la narrativa oficial, la Banda de los Cuatro y los Guardias Rojos han sido los culpables de los más terribles excesos de la GRCP, desde la destrucción del patrimonio cultural y el cierre de universidades hasta la humillación pública, el encierro en “campos de reeducación” e incluso, la ejecución brutal de intelectuales y figuras del PCCh. Sin embargo, conviene recordar que para fines de 1967 Mao ordenó desmovilizar a los Guardias Rojos, indicando a los estudiantes volver a clases, criticando su activismo contra oficiales del Partido como “contrarrevolucionario” y condenándolo legalmente.

Más aún, el EPL se enfrentó violentamente con grupos de Guardias Rojos en varias provincias ese mismo año. Esto provocó que algunos Guardias Rojos se sintieran traicionados por el giro “institucionalista” de Mao tras haber recuperado el liderazgo del PCCh. De cualquier modo, para fines de 1968 el movimiento de Guardias Rojos había sido oficialmente disuelto. Las escuelas reabrieron el ciclo lectivo regular en 1969, y a los pocos años se normalizó el ingreso a las universidades.

Reflexiones finales

Durante el transcurso del siglo XX, la juventud universitaria china ha sido testigo y protagonista de importantes transformaciones a nivel político, social y cultural. En este trabajo abordamos dos experiencias particulares de participación de los jóvenes en movimientos de cambio y conflicto social. Por un lado, los años de principios de siglo marcados por la crisis de legitimidad del régimen imperial y de su antigua herencia cultural, el avance del nacionalismo chino y la emergencia de la educación moderna de matriz occidental a la luz del amplio espíritu reformista que dio inicio a la primera República en China y al surgimiento de nuevas dinámicas de organización, circulación de ideas y participación política entre los jóvenes. Fue el tiempo en que se sucedieron drásticos cambios materiales en las condiciones de vida de las principales áreas urbanas del país, los cuales habilitaron un importante avance en la movilización de los nuevos sectores medios -entre trabajadores, pequeños comerciantes, estudiantes y profesionales liberales- que activaron mecanismos de agrupación, organización e intervención directa en los conflictos políticos de la época. Las protestas que enarbolaron el nacionalismo y el antiimperialismo en ese tiempo tuvieron en la juventud universitaria urbana un agente político que colaboró en la difusión más amplia de los proyectos de reivindicación identitaria y de auto-fortalecimiento para la salvación del país, a partir de la modernización social y cultural. Fue fundamental, en este sentido, el papel transformador que tuvieron en este proceso la extensión de la educación moderna en general y el fortalecimiento de las instituciones de educación superior en particular.

El clima de relativa autonomía, de pluralismo y de libertad de pensamiento que fue característico de estos nuevos espacios de sociabilidad y formación académica dio

impulso a distintas generaciones de estudiantes e intelectuales que, marcados por una actitud de decidido cuestionamiento y rechazo hacia los referentes culturales del pasado, se inclinaron por el estudio y la exploración en los modelos que proponía Occidente. La impronta emancipatoria del Movimiento del 4 de Mayo de 1919 fue, por lo tanto, para la juventud universitaria china la expresión resultante de los cambios que atravesaron en la manera de pensar y proyectar en el espacio público su propia función social y política. Como portavoces de la tan anhelada modernización cultural, estos jóvenes se acercaron al estudio y comprensión de diferentes paradigmas de organización política en Occidente, volviéndose incluso críticos de su implementación irreflexiva en las condiciones dispares que presentaba China. En este sentido, las discusiones que partieron de las universidades impregnaron la avidez por los intercambios más allá de los límites establecidos oficialmente, la promoción de grupos de estudio, sociedades literarias, así como la amplia publicación de revistas y periódicos estudiantiles. El acceso más amplio a la formación educativa, la participación estudiantil en movimientos sociales, la calidad académica y científica de sus producciones, así como la relación entre las casas de estudio y la sociedad fueron temas que interpelaron hondamente a los estudiantes universitarios en estas primeras experiencias de organización y participación política durante las primeras tres décadas del siglo XX.

Por otro lado, al indagar en el carácter de la participación de los jóvenes durante la Revolución Cultural, nos encontramos en un contexto muy diferente. Notamos que se da en el marco de una pugna por la conducción del PCCh en el contexto de enfrentamiento entre dos facciones cuyas interpretaciones acerca de las prioridades de desarrollo eran muy distintas. Mao Zedong y su grupo buscaron el apoyo de los jóvenes no sólo para recuperar la centralidad política, sino también por un marcado énfasis en el potencial transformador de la juventud.

La RPCh, había popularizado la educación inicial y secundaria, creando las condiciones para la expansión del sistema educativo. Los jóvenes que crecieron en las décadas de los cincuenta y sesenta eran sujetos con una formación política muy marcada en un contexto de conflicto interno e internacional. En la agitación política e intelectual que siguió a la restitución de Mao como líder indiscutido del Partido Comunista, las juventudes volvieron a ser interpeladas como esa reserva moral de la nación, capaz de

llevar adelante los procesos de transformación radicales que sentarían las bases para la nueva utopía socialista en el este asiático.

¿Cómo se cita este artículo?

FLORES, V. Y VILLAGÁN, I. (2018). Entre la reforma y la revolución: dos experiencias históricas de participación política de la juventud universitaria en China. *Argumentos: revista de crítica social*, 20, 203-227. Recuperado de: [link]

Bibliografía

- Bailey, P. (2002). *China en el siglo XX*. Barcelona: Ariel.
- Bridgham, P. (1968). Mao's Cultural Revolution in 1967: The Struggle to Seize Power. *The China Quarterly*, n.34.
- Chang, H. (1982). *Chinese Intellectuals in crisis: Search for Order and Meaning, 1890-1911*. Berkeley: University of California Press.
- Chen, M. (1997). *Between tradition and change: The hermeneutics of May Fourth literature*. Lanham: University Press of America.
- Eastman, L. (1977). *Ts'ai Yüan-p'ei: Educator of modern China*. University Park: Pennsylvania University Press.
- Fung, E. (2010). *The Intellectual foundations of Chinese Modernity: cultural and political thought in the Republican Era*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Fairbank, J. K. (1993). *China, una nueva historia*. Barcelona: Andrés Bello.
- Gernet, J. (2005). *El mundo chino*. Barcelona: Crítica.
- Hiniker, P. (1983). The Cultural Revolution Revisited: Dissonance Reduction or Power Maximization. *The China Quarterly*, n.94.
- Hockx, M. (2012). *Questions of style: Literary societies and literary journals in modern China, 1911-1937*. Leiden: Brill.
- Hsü, I. C. (2006). *The rise of modern China*. New York: Oxford University Press.
- Lin, P., y Tsai, W. (2014). *Print, profit and perception: ideas, information and knowledge in Chinese societies, 1895-1949*. Leiden: Brill.
- Luo, Z. (2015). *Inheritance within rupture: Culture and scholarship in early twentieth-century China*. Boston: Brill.

- McDougall, B. S., y Louie, K. (1997). *The literature of China in the twentieth century*. New York: Columbia University Press.
- Meisner, M. (2007). *La China de Mao y después. Una historia de la República Popular*. Córdoba: Comunicarte.
- Nee, V. et al. (1971). *China: Revolución en la Universidad*. Córdoba: Cuadernos de Pasado y Presente.
- Schwartz, B. (1983). Themes in intellectual history: May Fourth and after. *Cambridge History of China*, Vol. 12 Republican China 1912-1949. Parte 1. Cambridge: Cambridge University Press.
- Spence, J. (1990). *The Search for Modern China*. New York: W.W. Norton.
- Starr, J.B. (1973). *Ideology and Culture. An Introduction to the Dialectic of Contemporary Chinese Politics*. New York: Harper and Row.
- Teng, S., y Fairbank, J. K. (1954). *China's response to the West: A documentary survey, 1839-1923*. Cambridge: Harvard University Press.
- Wasserstrom, J. N. (1991). *Student protests in twentieth-century China: The view from Shanghai*. Stanford: Stanford University Press.
- Weston, T. (2004). *The Power of Position: Beijing University, Intellectuals, and Chinese Political Culture, 1898-1929*. Berkeley: University of California Press.
- Yue Dong, M. y Goldstein, J. (Eds). (2006). *Everyday Modernity in China. Studies in Modernity and National Identity*. Washington: University of Washington Press.
- Zarrow, P. (2005). *China in War and Revolution, 1895-1949*. London: Routledge.
- Zarrow, P. (2006). *Creating Chinese modernity: Knowledge and everyday life, 1900-1940*. New York: Peter Lang.
- Zarrow, P. (2012). *After empire: The conceptual transformation of the Chinese state, 1885-1924*. Stanford: Stanford University Press.